

POESIAS SUELTAS (*).

A LA MUERTE DE LA REINA DOÑA ISABEL DE VALOIS.

(Historia y relacion del tránsito y exequias de la reina D.^a Isabel de Valois, por el maestro Lopez de Hoyos. Madrid 1569.)

PRIMER EPITAFIO EN SONETO, CON UNA COPLA CASTELLANA, QUE HIZO MI AMADO DISCIPULO (habla el M. Hoyos).

Aquí el valor de la española tierra,
Aquí la flor de la francesa gente,
Aquí quien concordó lo diferente,
De oliva coronando aquella guerra:
Aquí en pequeño espacio veis se encierra
Nuestro claro lucero de occidente,
Aquí yace encerrada la excelente
Causa que nuestro bien todo destierra.
Mirad quien es el mundo y su pujanza,
Y cómo de la mas alegre vida
La muerte lleva siempre la vitoria.
Tambien mirad la bienaventuranza
Que goza nuestra Reina esclarecida
En el eterno reino de la gloria.

REDONDILLA, EN LA CUAL SE REPRESENTA LA VELOCIDAD Y PRESTEAZA CON QUE LA MUERTE ARREBATÓ A SU MAJESTAD.

Cuando dejaba la guerra
Libre nuestro hispano suelo,
Con un repentino vuelo
La mejor flor de la tierra
Fué trasplantada en el cielo.
Y al cortarla de su rama,
El mortífero accidente
Fué tan oculta á la gente,
Como el que no ve la llama
Hasta que quemar se siente.

Estas cuatro REDONDILLAS castellanas á la muerte de su Majestad, en las cuales, como en ellas parece, se usa de colores retóricos, y en la última se habla con su Majestad, son con una elegía que aquí va, de Miguel de Cervantes, nuestro caro y amado discípulo.

Cuando un estado dichoso
Esperaba nuestra suerte,
Bien como ladron famoso,
Vino la invencible muerte
A robar nuestro reposo:
Y metió tanto la mano
Aqueste fiero tirano
Por orden del alto cielo,
Que nos llevó deste suelo
El valor del sér humano.
¡Cuán amarga es tu memoria,
Oh dura y terrible faz!
Pero en aquesta vitoria
Si llevaste nuestra Paz,
Fué para darme mas gloria.
Y aunque el dolor nos desuela,
Una cosa nos consuela,
Ver que al reino soberano
Ha dado un vuelo temprano
Nuestra muy cara ISABELA.
Una alma tan limpia y bella,
Tan enemiga de engaños,
¿Qué pudo merecer ella,
Para que en tan tiernos años
Dejase el mundo de vella?
Dirás, muerte, en quieh se encierra
La causa de nuestra guerra
(Para nuestro desconsuelo),

(*) Siendo esta la primera coleccion que se ha hecho de semejantes composiciones de Cervantes, notamos en cada una la fuente de donde la hemos sacado, citando las autoridades de los críticos que han atribuido al autor algunas de ellas, cuya autenticidad no está comprobada de un modo absoluto.

Que cosas que son del cielo,
No las merece la tierra.
Tanto de punto subiste
En el amor que mostraste,
Que ya que al cielo te fuiste,
En la tierra nos dejaste
Las prendas que mas quisiste.
¡Oh Isabela, Eugenia, Clara,
Catalina á todos cara,
Claros luceros los dos,
No quiera y permita Dios,
Se os muestre fortuna avara!

ELEGÍA que, en nombre de todo el estudio, el sobredicho compuso al ilustrísimo y reverendísimo cardenal Don Diego de Espinosa, etc., en la cual con bien elegante estilo se ponen cosas dignas de memoria.

¿A quién irá mi doloroso canto,
O en cuya oreja sonará su acento,
Que no deshaga el corazon en llanto?
A tí, gran Cardenal, yo le presento;
Pues vemos te ha cabido tanta parte
Del hado ejecutivo violento.
Aquí verás quel bien no tiene parte:
Todo es dolor, tristeza y desconsuelo
Lo que en mi triste canto se reparte.
¿Quién dijera, señor, que un solo vuelo
De una ánima beata al alta cumbre,
Pusiera en confusion al bajo suelo?
Mas ¡ay! que yace muerta nuestra lumbré:
El alma goza de perpetua gloria,
Y el cuerpo de terrena pesadumbre.
No se pase, señor, de tu memoria
Cómo en un punto la invencible muerte
Lleva de nuestras vidas la vitoria.
Al tiempo que esperaba nuestra suerte
Poderse mejorar, la santa mano
Mostró por nuestro mal su furia fuerte.
Entristeció á la tierra su verano,
Secó su paraiso fresco y tierno,
El ornato añubló del sér cristiano.
Volvió la primavera en frio invierno,
Trocó en pesar su gusto y alegría,
Tornó de arriba á bajo su gobierno.
Pasóse ya aquel sér, que ser solia
A nuestra oscuridad claro lucero,
Sosiego de la antigua tiranía.
A mas andar el término postrero
Llegó, que dividió con furia insana
Del alma santa el corazon sincero.
Cuando ya nos venia la temprana
Dulce fruta del árbol deseado,
Vino sobre él la frígida mañana.
¿Quién detuvo el poder de Marte airado,
Que no pasase mas el alto monte,
Con prisiones de nieve aberrojado?
No pisará ya mas nuestro horizonte,
Que á los campos Eliseos es llevada,
Sin ver la oscura barca de Caronte.
A tí, fiel pastor de la manada
Seguntina, es justo y te conviene
Alijarnos carga tan pesada.
Mira el dolor que el gran Filipo tiene:
Allí tu discrecion muestre el alteza
Que en tu divino ingenio se contiene.
Bien sé que le dirás que á la baja
De nuestra humanidad es cosa cierta
No tener solo un punto de firmeza;
Y que si yace su esperanza muerta,
Y el dolor vida y alma le lastima,
Que á do la cierra Dios, abre otra puerta.
Mas ¿qué consuelo habrá, señor, que oprima
Algun tanto sus lágrimas causadas,
Si una prenda perdió de tanta estima?

Y mas si considera las amadas
Prendas que le dejó en la dulce vida,
Y con su amarga muerte lastimadas.
Alma bella, del cielo merecida,
Mira cuál queda el miserable suelo
Sin la luz de tu vista esclarecida:
Verás que en árbol verde no hace vuelo
El ave mas alegre, antes ofrece
En su amoroso canto triste duelo.
Contino en grave llanto se anochece
El triste día, que te imaginamos
Con aquella virtud que no parece.
Mas deste imaginar nos consolamos
En ver que merecieron tus deseos,
Que goces ya del bien que deseamos.
Acá nos quedarán por tus trofeos
Tu cristiandad, valor y gracia extraña,
De alma santa, santísimos arreos.
De hoy mas la sola y afligida España,
Cuando mas sus clamores levantara
Al sumo Hacedor y alta compañía;
Cuando mas por salud le importunare
Al término postrero que perezca,
Y en el último trance se hallare;
Solo podrá pedirle, que le ofrezca
Otra paz, otro amparo, otra ventura,
Que en obras y virtudes le parezca.
El vano confiar y la hermosura
¿De qué nos sirve, cuando en un instante
Damos en manos de la sepultura?
Aquel firme esperar, santo y constante,
Que concede á la fe su cierto asiento
Y á la querida hermana ir adelante,
Adonde mora Dios, en su aposento
Nos puede dar lugar dulce y sabroso,
Libre de tempestad y humano viento.
Aquí, señor, el último reposo
No puede perturbarse, ni la vida
Tener mas otro trance doloroso.
Aquí con nuevo ser es conducida,
Entre las almas del inmenso coro
Nuestra ISABELA, reina esclarecida.
Con tal sinceridad guardó el decoro
Do al precepto divino mas se aspira,
Que merece gozar de tal tesoro.
¡Ay muerte! ¿contra quién tu amarga ira
Quisiste ejecutar para templarme
Con profundo dolor mi triste lira?
Si no os cansais, señor, ya de escucharme,
Añudaré de nuevo el roto hilo,
Que la ocasion es tal, que á desforzarme
Lágrimas pediré al corriente Nilo,
Un nuevo corazon al alto cielo,
Y á las mas tristes musas triste estilo.
Diré que al duro mal, al grave duelo,
Que á España en brazos de la muerte tiene,
No quiso Dios dejarle sin consuelo.
Dejóle al gran Filipo, que sostiene,
Cual firme basa al alto firmamento,
El bien ó desventura que le viene.
De aquesto vos llevais el vencimiento,
Pues deja en vuestros hombros esta carga
Del cielo, y de la tierra y pensamiento.
La vida que en la vuestra así se encarga,
Muy bien puede vivir leda y segura,
Pues de tanto cuidado se descarga.
Gozando como goza tal ventura,
El gran señor del ancho suelo hispano,
Su mal es ménos, y esta desventura.
Si el ánimo real, si el soberano
Tesoro le robó en solo un día
La muerte airada con esquivo mano,
Regalos son quel sumo Dios envía
A aquel que ya le tiene aparejado
Sublime asiento en la alta hierarquia.
Quien goza quietud siempre en su estado,
Y el efecto le acude á la esperanza,
Y á lo que quiere nada le es trocado;
Argúyese que poca confianza
Puede tenerse del que goce y vea
Con claros ojos bienaventuranza.
Cuando mas favorable el mundo sea,

Cuando nos ría el bien todo delante,
Y venga al corazon lo que desea,
Tiénese de esperar que en un instante
Dará con ello la fortuna en tierra,
Que no fué ni será jamas constante.
Y aquel que no ha gustado de la guerra,
A do se aflige el cuerpo y la memoria,
Parece Dios del cielo le destierra.
Porque no se coronan en la gloria,
Sino es los capitanes valerosos,
Que llevan de sí mesmos la victoria.
Los amargos sospiros dolorosos,
Las lágrimas sin cuento que ha vertido
Quien nos puede en su vista hacer dichosos,
El perder á su hijo tan querido,
Aquel mirarse y verse cual se halla
De todo su placer desposeido;
¿Qué se puede decir sino batalla
Adonde le hemos visto siempre armado
Con la paciencia, que es muy fina malla?
Del alto cielo ha sido consolado,
Con concederle acá vuestra persona,
Que mira por su honra y por su estado.
De aquí saldrá á gozar de una corona
Mas rica, mas preciosa y muy mas clara,
Que la que ciñe el hijo de Latona.
Con él vuestra virtud al mundo rara
Se tiene de extender de gente en gente,
Sin poderlo estorbar fortuna avara.
Resonará el valor tan excelente
Que os ciñe, cubre, ampara y os rodea,
De donde sale el sol hasta occidente.
Y allá en el alto alcázar do pasea
En mil contentos nuestra reina amada,
Si puede desear, solo desea
Que sea por mil siglos levantada
Vuestra grandeza, pues que se engrandece
El valor de su prenda deseada.
Que vuestro poderio se parece
Del católico rey la suma alteza,
Que desde un polo al otro resplandece.
De hoy mas deje del llanto la fiera
El afligida España, levantando
Con verde lauro ornada la cabeza.
Que mientras fuera el cielo mejorando
Del soberano rey la larga vida,
No es bien que se consuma lamentando.
Y en tanto que arribare á la subida
De la inmortalidad vuestra alma pura,
No se entregue al dolor tan de corrida;
Y mas, que el grave rostro de hermosura,
Por cuya ausencia vive sin consuelo,
Goza de Dios en la celeste altura.
¿Oh trueno glorioso, oh santo celo,
Pues con gozar la tierra has merecido
Tender tus pasos por el alto cielo!
Con esto cese el canto dolorido,
Magnánimo señor, que por mal diestro,
Queda tan temeroso y tan corrido,
Cuanto yo quedo, gran señor, por vuestro.

AL ROMANCERO DE PEDRO DE PADILLA.

(Romancero de Padilla, 1585.)

SONETO.

Ya que del ciego dios habeis cantado
El bien y el mal, la dulce fuerza y arte
En la primera y la segunda parte
Do está de amor el todo señalado;
Ahora con aliento descansado
Y con nueva virtud que en vos reparte
El cielo, nos cantais del duro Marte
Las fieras armas y el valor sobrado.
Nuevos ricos mineros se descubren
De vuestro ingenio en la famosa mina,
Que á mas alto deseo satisfacen;
Y con dar ménos de lo mas que encubren,
A este ménos, lo que es mas se inclina,
Del bien que Apolo y que Minerva hacen.

AL HABITO DE FRAY PEDRO DE PADILLA.

(Jardin espiritual, 1584.)

REDONDILLAS.

Hoy el famoso Padilla
Con las muestras de su celo
Causa contento en el cielo,
Y en la tierra maravilla.
Porque llevado del cebo
De amor, temor y consejo,
Se despoja el hombre viejo
Para vestirse de nuevo.
Cual prudente sierpe ha sido,
Pues con nuevo corazon
En la piedra de Simon
Se deja el viejo vestido.
Y esta mudanza que hace
Lleva tan cierto compas,
Que en ella asiste lo mas
De cuanto á Dios satisface.
Con las obras y la fe
Hoy para el cielo se embarca
En mejor jarcada barca
Que la que libró á Noé.
Y para hacer tal pasaje,
Há muchos años que ha hecho
Con sano y cristiano pecho
Cristiano matalotaje.
Y no teme el mal tempero,
Ni anegarse en el profundo,
Porque en el mar deste mundo
Es plático marinero.
Y así mirando el aguja
Divina cual se requiere,
Si el demonio á orza diere,
El dará al instante á puja.
Y llevando este concierto
Con las ondas deste mar,
A la fin vendrá á parar
A seguro y dulce puerto.
Donde sin áncoras ya
Estará la mar en calma,
Con la eternidad del alma
Que nunca se acabará.
En una verdad me fundo,
Y mi ingenio aquí no yerra:
Que en siendo sol de la tierra,
Habeis de ser luz del mundo.
Luz de gracia rodeada
Que alumbre nuestro horizonte,
Y sobre el Carmelo monte
Fuerte ciudad levantada.
Para alcanzar el trofeo
Destas santas profecias
Tendréis el carro de Elias
Con el manto de Eliséo.
Y ardiendo en amor divino,
Donde nuestro bien se fragua,
Apartando el manto al agua,
Por el fuego haréis camino.
Porque el voto de humildad
Promete segura alteza,
Y castidad y pobreza,
Bienes de divinidad.
Y así los cielos serenos
Verán cuando acabarás,
Un cortesano allá mas,
Y en la tierra un sabio ménos.

A FRAY PEDRO DE PADILLA.

(Jardin espiritual.)

Cual vemos que renueva
El águila real la vieja y parda
Pluma, y con otra nueva
La detenida y tarda
Pereza arroja, y con subido vuelo
Rompe las nubes y se llega al cielo;
Tal, famoso Padilla,
Has sacudido tus humanas plumas,
Porque con maravilla
Intentes y presumas

Llegar con nuevo vuelo al alto asiento,
Donde aspiran las alas de tu intento.
Del sol el rayo ardiente
Alza del duro rostro de la tierra
(Con virtud excelente)
La humildad que en sí encierra,
La cual despues en lluvia convertida
Alegra al suelo y da á los hombres vida.
Y desta mesma suerte
El sol divino te regala y toca;
Y en tal humor convierte,
Que con tu pluma apoca
La ceguedad de la ignorancia nuestra,
Y á ciencia santa y á santa vida adiestra.
¡Qué santo trueno y cambio,
Por las humanas las divinas musas!
¡Qué interes y recambio!
¡Qué nuevos modos usas
De adquirir en el suelo una memoria
Que de fama á tu nombre, al alma gloria!
Que pues es tu Parnaso
El monte del Calvario, y son tus fuentes
De Aganipe y Pegaso
Las sagradas corrientes
De las benditas llagas del Cordero,
Eterno nombre de tu nombre espero.

A FRAY PEDRO DE PADILLA.

En la obra Grandezas y excelencias de la Virgen Nuestra Señora, que publicó dedicándola á la infanta Margarita de Austria.

(Grandezas y excelencias etc., 1587.)

De la Virgen sin par santa y bendita,
Digo de sus loores, justamente
Haces el rico sin igual presente
A la sin par cristiana Margarita:
Dándole, quedas rico; y queda escrita
Tu fama en hojas de metal luciente,
Que á despecho y pesar del diligente
Tiempo, será en sus fines infinito:
Felice en el sugeto que escogiste:
Dichoso en la ocasion que te dió el cielo
De dar á Virgen el virgineo canto:
Venturoso tambien porque hiciste
Que dén las musas del hispano suelo
Admiracion al griego, al turco espanto.

A LOPEZ MALDONADO.

(Cancionero de Lopez Maldonado, 1586.)

SONETO.

El casto ardor de una amorosa llama,
Un sabio pecho á su rigor sujeto,
Un desden sacudido y un afeto
Blando, que al alma en dulce fuego inflama;
El bien y el mal á que convida y llama
De amor la fuerza y poderoso efeto,
Eternamente en son claro y perfeto
Con estas rimas cantará la fama;
Llevando el nombre único y famoso
Vuestro, felice Lopez Maldonado,
Del moreno etiope al cita blanco;
Y hará que en balde del laurel honroso
Espere alguno verse coronado,
Si no os imita y tiene por su blanco.

AL MISMO.

Bien donado sale al mundo
Este libro, do se encierra
La paz de amor y la guerra,
Y aquel fruto sin segundo
De la castellana tierra.
Que aunque le da Maldonado,
Va tan rico y bien donado
De ciencia y de discrecion,
Que me afirmo en la razon
De decir que es bien donado.

El sentimiento amoroso
Del pecho mas encendido
En fuego de amor, y herido
De su dardo ponzoñoso,
Y en la red suya cogido;
El temor y la esperanza
Con que el bien y el mal se alcanza.
En las empresas de amor,
Aquí muestra su valor
Su buena ó su mala andanza.
Sin flores, sin praderias,
Y sin los faunos silvanos,
Sin niñas, sin dioses vanos,
Sin yerbas, sin aguas frias,
Y sin apacibles llanos;
En agradables concetos,
Profundos, altos, discretos,
Con verdad llana y distinta,
Aquí el sabio autor nos pinta
Del ciego dios los afetos.
Con declararnos la mengua
Y el bien de su ardiente llama,
Ha dado á su nombre fama
Y enriquecido su lengua,
Que ya la mejor se llama,
Y hanos mostrado que es solo
Favorecido de Apolo
Con dones tan infinitos,
Que su fama en sus escritos
Irá deste al otro polo.

A ALONSO DE BARROS.

(Filosofía moralizada, por Alonso de Barros, 1587.)

SONETO.

Cual vemos del rosado y rico oriente
La blanca y dura piedra señalarse,
Y en todo, aunque pequeña, aventajarse
A la mayor del Cáucaso eminente;
Tal este, humilde al parecer, presente,
Puede y debe mirarse y admirarse,
No por la cantidad, mas por mostrarse
Ser en su calidad tan excelente.
El que navega por el golfo insano
Del mar de pretensiones, verá al punto
Del cortesano laberinto el hilo.
Felicite ingenio y venturosa mano
Que el deleite y provecho puso junto
En juego alegre, en dulce y claro estilo.

A LA AUSTRIADA DE JUAN RUFO GUTIERREZ.

(La Austriada, 1584.)

SONETO.

¡Oh venturosa levantada pluma,
Que en la empresa mas alta te ocupaste
Que el mundo pudo dar, y al fin mostraste
Al recibo y al gasto igual la suma!
Calle de hoy mas el escritor de Numa,
Que nadie llegará donde llegaste,
Pues en tan raros versos celebraste
Tan raro capitán, virtud tan suma.
Dichoso el celebrado y quien celebra,
Y no menos dichoso todo el suelo
Que de tanto bien goza en esta historia,
En quien envidia ó tiempo no harán quiebra;
Antes hará con justo celo el cielo
Eterna, mas que el tiempo, su memoria.

A LOPE DE VEGA EN SU DRAGONTEA.

(La Dragontea, 1595.)

SONETO.

Yace en la parte que es mejor de España
Una apacible y siempre verde Vega,
A quien Apolo su favor no niega
Pues con las aguas de Helicon la baña.
Júpiter, labrador por grande hazaña,
Su ciencia toda en cultivarla entrega;
Cilenio alegre en ella se sosiega;

Minerva eternamente la acompaña.
Las musas su Parnaso en ella han hecho,
Vénus honesta en ella aumenta y cria
La santa multitud de los amores:
Y así con gusto y general provecho
Nuevos frutos ofrece cada día
De ángeles, de armas, santos y pastores.

A GABRIEL PEREZ DEL BARRIO ANGULO.

(Direccion de secretarios, por Gabriel Perez del Barrio Angulo, 1615.)

Tal secretario formais,
Gabriel, en vuestros escritos,
Que por siglos infinitos
En él os eternizais.

De la ignorancia sacais
La pluma, y en presto vuelo
De lo mas bajo del suelo
Al cielo la levantais.

Desde hoy mas la discrecion
Quedará puesta en su punto,
Y al hablar y escribir junto
En su mayor perfeccion.

Que en esta nueva ocasion
Nos muestra en breve distancia,
Demóstenes su elegancia
Y su estilo Ciceron.

España os está obligada,
Y con ella el mundo todo,
Por la sutileza y modo
De pluma tan bien cortada.

La adulacion defraudada
Queda, y la lisonja en ella:
La mentira se atropella,
Y es la verdad levantada.

Vuestro libro nos informa
Que solo vos habeis dado
A la materia de estado
Hermosa y cristiana forma.

Con la razon se conforma
De tal suerte, que en él veo
Que contentando al deseo,
Al que es mas libre reforma.

A JUAN YAGUE DE SALAS.

(Los Amantes de Teruel, epopeya trágica, con la restauracion de España por la parte de Sobrarbe, y conquista del reino de Valencia, Yague de Salas, 1616.)

SONETO.

De Turia el cisne mas famoso hoy canta,
Y no para acabar la dulce vida
Que en sus divinas obras escondida
A los tiempos y edades se adelanta.
Queda por él canonizada y santa
Teruel: vivos Marcella y su homicida;
Su pluma por heroica conocida
En quien se admira el suelo, el cielo espanta.
Su doctrina, su voz, su estilo raro,
Que por tuyos; oh Apolo! reconoces,
Segun el vuelo de sus bellas alas,
Grabadas por la fama en mármol paro
Y en láminas de bronce, harán que gocés
Siglos de eternidad, Yague de Salas.

A DON DIEGO DE MENDOZA Y A SU FAMA.

(Poesías de D. Diego Hurtado de Mendoza, 1610.)

En la memoria vive de las gentes,
¡Varon famoso! siglos infinitos;
Premio que le merecen tus escritos
Por graves, puros, castos y excelentes.
Las ansias en honesta llama ardientes,
Los Etnas, los Estigias, los Cocitos,
Que en ellos suavemente van descritos,
Mira si es bien ¡oh fama! que los cuentes;
Y aun, que los lleves en ligero vuelo
Por cuanto ciñe el mar y el sol rodea,
Y en láminas de bronce los esculpas:
Que así el suelo sabrá que sabe el cielo
Que el renombre inmortal que se desea,
Tal vez le alcancen amorosas culpas.

A LA MUERTE DE HERNANDO DE HERRERA.

(Códice manuscrito en 1630, que poseyó D. Fernando de la Serna, donde entre varias poesías recopiladas al parecer por D. Francisco Pacheco, se halla la siguiente con este epigrafe: MIGUEL DE CERVANTES, AUTOR DE DON QUIJOTE: este soneto hice á la muerte de D. Fernando de Herrera; y para entender el primer cuarteto advierto que él celebraba en sus versos á una señora debajo deste nombre de Luz. Creo que es uno de los buenos que he hecho en mi vida.)

SONETO.

El que subió por sendas nunca usadas
Del sacro monte á la mas alta cumbre;
El que á una Luz se hizo todo lumbre
Y lágrimas en dulce voz cantadas;
El que con culta vena las sagradas
De Elicon y Pirene en muchedumbre
(Libre de toda humana pesadumbre)
Bebió y dejó en divinas transformadas;
Aquel á quien envidia tuvo Apolo
Porque á par de su Luz tiende su fama
De donde nace á donde muere el día;
El agradable al cielo, al suelo solo,
Vuelto en ceniza de su ardiente llama
Yace debajo desta losa fria.

EN ALABANZA DEL MARQUES DE SANTA CRUZ.

(Comentarios de la jornada de las islas de los Azores, por el licenciado Mosquera de Figueroa, 1596.)

SONETO.

No ha menester el que tus hechos canta,
Oh gran Marques, el artificio humano
Que á la mas sutil pluma y docta mano
Ellos le ofrecen al que el orbe espanta.
Y este que sobre el cielo se levanta,
Llevado de tu nombre soberano,
A par del griego y escritor toscano,
Sus sienas ciñe con la verde planta.
Y fué muy justa prevencion del cielo,
Que á un tiempo ejercitases tú la espada
Y él su prudente y verdadera pluma;
Porque rompiendo de la invidia el velo,
Tu fama en sus escritos dilatada,
Ni olvido, ó tiempo, ó muerte la consume.

A SAN FRANCISCO.

(Jardin espiritual de Padilla.)

SONETO.

Muestra su ingenio el que es pintor curioso
Cuando pinta al desnudo una figura,
Donde la traza, el arte y compostura
Ningun velo la cubre artificioso.
Vos, seráfico Padre, y vos, hermoso
Retrato de Jesus, sois la pintura
Al desnudo pintado, en tal hechura
Que Dios nos muestra ser pintor famoso.
Las sombras, de ser mártir descubristes:
Los léjos, en que estáis allá en el cielo
En soberana silla colocado:
Las colores, las llagas que tuvistes
Tanto las suben, que se admira el suelo,
Y el pintor en la obra se ha pagado.

A SAN JACINTO.

(Relacion de las justas celebradas en el convento de padres predicadores de Zaragoza, en la canonizacion de S. Jacinto, por Jerónimo Martel, 1597.)

REDONDILLA en alabanza de S. Jacinto, propuesta para glosar en el segundo de los certámenes celebrados en Zaragoza.

El cielo á la Iglesia ofrece
Hoy una piedra tan fina,
Que en la corona divina
Del mismo Dios resplandece.

GLOSA DE MIGUEL DE CERVANTES.

Tras los dones primitivos
Que en el fervor de su celo
Ofreció la Iglesia al cielo,
A sus edificios vivos
Dió nuevas piedras el suelo.
Estos dones agradece
A su esposa, y la ennoblece;
Pues de parte del esposo
Un hyacinto el mas precioso
El cielo á la tierra ofrece.
Porque el hombre de su gracia
Tantas veces se retira,
Y el hyacinto al que le mira
Es tan grande su eficacia,
Que le sosiega la ira;
Su misma piedad lo inclina
A darlo por medicina:
Que en su juicio profundo
Ve que ha menester el mundo
Hoy una piedra tan fina.
Obró tanto esta virtud
Viviendo Hyacinto en él,
Que á los vivos rayos déel
En una y otra salud
Se restituyó por él.
Crezca gloriosa la mina
Que de su luz hyacintina
Tiene el cielo y tierra llenos;
Pues no mereció estar menos
Que en la corona divina.
Allá luce ante los ojos
Del mismo autor de su gloria,
Y acá en gloriosa memoria
De los triunfos y despojos
Que sacó de la victoria:
Pues si otra luz desfallece
Quando el sol la suya ofrece,
¿Qué mas viva y rutilante
Será aquesta, si delante
Del mismo Dios resplandece?

AL TUMULO DEL REY FELIPE II EN SEVILLA.

(Parnaso español de D. Juan Lopez de Sedano, 1772.)

SONETO.

Voto á Dios, que me espanta esta grandeza,
Y que diera un doblon por describilla;
Porque ¿á quién no sorprende y maravilla
Esta máquina insigne, esta riqueza?
Por Jesucristo vivo, cada pieza
Vale mas de un millon, y que es mancilla
Que esto no dure un siglo, ó gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y nobleza.
Apostaré que el ánima del muerto
Por gozar este sitio hoy ha dejado
La gloria donde vive eternamente.—
Esto oyó un valenton, y dijo: Es cierto
Cuanto dice voacé, señor soldado.
Y el que dijere lo contrario, miente.—
Y luego in continente
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.

A LA ENTRADA DEL DUQUE DE MEDINA

en Cádiz, en julio de 1596, con socorro de tropas enseñadas en Sevilla por el capitán Becerra, despues de haber evacuado aquella ciudad las tropas inglesas, y saqueádola por espacio de veinte y cuatro dias al mando del conde de Essex.

(Manuscrito del Sr. Arrieta.)

SONETO.

Vimos en julio otra semana santa
Atestada de ciertas cofradías
Que los soldados llaman compañías,
De quien el vulgo, y no el inglés, se espanta.

Hubo de plumas muchedumbre tanta
Que en ménos de catorce ó quince días
Volaron sus pigmeos y Golias,
Y cayó su edificio por la planta.
Bramó el becerro, y púsoles en sarta,
Tronó la tierra, oscurecióse el cielo
Amenazando una total ruina;
Y al cabo en Cádiz con mesura harta,
Ido ya el Conde sin ningún recelo
Triunfando entró el gran duque de Medina.

AU N VALENTON METIDO A PORDIOSERO.

(Manuscrito del Sr. Arrieta.)

SONETO.

Un valenton de espátula y gregüesco,
Que á la muerte mil vidas sacrifica,
Cansado del oficio de la pica
Mas no del ejercicio picaresco;
Retorciendo el mostacho soldadesco,
Por ver que ya su bolsa le repica,
A un corrillo llegó de gente rica,
Y en el nombre de Dios pidió refresco.
Den voacedes, por Dios, á mi pobreza,
Les dice: donde no, por ocho santos,
Que haré lo que hacer suelo sin tardanza.
Mas uno que á sacar la espada empieza,
¿ Con quién habla, le dijo, el tiracantos?
Si limosna no alcanza,
Que es lo que suele hacer en tal querella?
Respondió el bravonel: irme sin ella.

A UN ERMITAÑO.

(Manuscrito del Sr. Arrieta.)

SONETO.

Maestro era de esgrima Campuzano,
De espada y daga diestro á maravilla,
Rebanaba narices en Castilla,
Y siempre le quedaba el brazo sano:
Quiso pasarse á Indias un verano,
Y vino con Montalvo el de Sevilla;
Cojo quedó de un pié de la rencilla,
Tuerto de un ojo, manco de una mano.
Vinose á recoger á aquesta ermita
Con su palo en la mano y su rosario,
Y su ballesta de matar pardales.
Y con su Madalena, que le quita
Mil canas, está hecho un San Hilario.
¡ Ved cómo nacen bienes de los males!

LOS ÉXTASIS DE LA BEATA MADRE TERESA DE JESUS.

(Compendio de las fiestas celebradas en España con motivo de la beatificación de la madre Teresa de Jesus, por Fray Diego de San José, 1615.)

CANCION.

Virgen fecunda, madre venturosa,
Cuyos hijos, criados á tus pechos,
Sobre sus fuerzas la virtud alzando,
Pisan ahora los dorados techos
De la dulce region maravillosa,
Que está la gloria de su Dios mostrando:
Tú que ganaste obrando
Un nombre en todo el mundo
Y un grado sin segundo;
Ahora estás ante tu Dios postrada,
En rogar por tas hijos ocupada,
O en cosas dignas de tu intento santo;
Oye mi voz cansada,
Y esfuerza; ¡ oh madre! el desmayado canto.
Luego que de la cuna y las mantillas
Sacó Dios tu niñez, diste señales
Que Dios para ser suya te guardaba,
Mostrando los impulsos celestiales
En ti (con ordinarias maravillas),
Que á tu edad tu deseo aventajaba.
Y así sí descuidaba

De lo que hacer debía,
Tal vez luego volvía
Mejorado, mostrando codicioso
Que el haber parecido perezoso
Era en volver atrás para dar salto
Con curso mas brioso,
Desde la tierra al cielo, que es mas alto.
Creciste, y fué creciendo en tí la gana
De obrar en proporcion de los favores
Con que te regaló la mano eterna:
Tales, que al parecer se alzó á mayores
Contigo alegre Dios, en la mañana
De tu florida edad, humilde y tierna.
Y así tu ser gobierna,
Que poco á poco subes
Sobre las densas nubes
De la suerte mortal, y así levantas
Tu cuerpo al cielo sin fijar las plantas,
Que ligero tras sí el alma le lleva
A las regiones santas
Con nueva suspension, con virtud nueva.

Allí su humildad te muestra santa,
Acullá se desposa Dios contigo,
Aquí misterios altos te revela:
Tierno amante se muestra, dulce amigo,
Y siendo tu maestro, te levanta
Al cielo, que señala por tu escuela.
Parece se desvela
En hacerte mercedes;
Rompe rejas y redes
Para buscarte el mágico divino,
Tan tu llegado siempre y tan contino,
Que si algun afligido á Dios buscara,
Acortando camino
En tu pecho ó en tu celda le hallara.

Aunque naciste en Avila, se puede
Decir que en Alba fué donde naciste;
Pues allí nace, donde muere el justo.
Desde Alba; ¡ oh madre! al cielo te partiste:
Alba pura, hermosa, á quien sucede
El claro dia del inmenso gusto,
Que le goces es justo
En éxtasis divinos,
Por todos los caminos
Por donde Dios llevar á un alma sabe,
Para darle de sí cuanto ella cabe,
Y aun la ensancha, dilata y engrandece,
Y con amor suave
A sí y de sí la junta y enriquece.

Como las circunstancias convenientes,
Que acreditan los éxtasis, que suelen.
Indicios ser de santidad notoria,
En los tuyos se hallaron; nos impelen
A creer la verdad de los visibles
Que nos describe tu discreta historia:
Y el quedar con victoria,
Honroso triunfo y palma
Del infierno, y tu alma
Mas humilde, mas sabia y obediente
Al fin de tus arrobos, fué evidente
Señal que todos fuéron admirables
Y sobrehumanamente
Nuevos, continuos, sacros, inefables.
Ahora pues que al cielo te retiras
Menospreciando la mortal riqueza
En la inmortalidad que siempre dura,
Y el visorey de Dios nos da certeza
Que sin enigma y sin espejo miras
De Dios la incomparable hermosura;
Colma nuestra ventura,
Oye devota y pia
Los balidos que envía
El rebaño infinito que criaste
Cuando del suelo al cielo el vuelo alzaste:
Que no porque dejaste nuestra vida,
La caridad dejaste,
Que en los cielos está mas extendida.
Cancion, de ser humilde has de preciarle,
Cuando quieras al cielo levantarte:
Que tiene la humildad naturaleza
De ser el todo y parte
De alzar al cielo la mortal baja.

LOS CELOS (*).

ROMANCE.

(Romancero de Don Eugenio Ochoa, Paris 1838.)

Yace donde el sol se pone,
Entre dos tajadas peñas,
Una entrada de un abismo,
Quiero decir, una cueva,
Profunda, lóbrega, oscura,
Aquí mojada, allí seca,
Propio albergue de la noche,
Del horror y las tinieblas.

Por la boca sale un aire
Que al alma encendida hiela,
Y un fuego de cuando en cuando
Que el pecho de hielo quema.
Oyese dentro un ruido
Como crujir de cadenas,
Y unos ayes luengos, tristes,
Envueltos en tristes quejas.

Por las funestas paredes,
Por los resquicios y quebras,
Mil viboras se descubren
Y ponzoñosas culebras.
A la entrada tiene puesto,
En una amarilla piedra,
Huesos de muerto encajados
En modo que forman letras;
Las cuales vistas del fuego
Que arroja de sí la cueva,
Dicen: «Esta es la morada
De los celos y sospechas.»

Y un pastor cantaba al uso
Esta maravilla cierta
De la cueva, fuego y hielo,
Aullidos, sierpes y piedra.
El cual oyendo le dijo:
—Pastor, para que te crea,
No has menester juramentos,
Ni hacer la vista experiencia.

Un vivo traslado es ese
De lo que mi pecho encierra,
El cual como en cueva oscura
No tiene luz ni la espera.
Seco le tienen desdenes,
Bañado en lágrimas tiernas;
Aire, fuego y los suspiros
Le abrazan contino y hielan.

Los lamentables aullidos
Son mis continuas querellas,
Viboras mis pensamientos
Que en mis entrañas se ceban.
La piedra escrita amarilla
Es mi sin igual firmeza;
Que mis huesos en la muerte
Mostrarán que son de piedra.

Los celos son los que habitan
En esta morada estrecha,
Que engendraron los descuidos
De mi querida Silena.—
En pronunciando este nombre
Cayó como muerto en tierra;
Que de memorias de celos
Aquestos fines se esperan.

EL DESDEN.

ROMANCE.

(El mismo Romancero.)

A tus desdenes, ingrata,
Tan usado está mi pecho,
Que dellos ya se sustenta
Como el áspid del veneno.

(*) En el común sentir de los críticos mas circunspectos, este es el romance de que habló CERVANTES en su *Viaje al Parnaso*, diciendo que era el que mas estimaba. Atribúyeme tambien el siguiente, que hemos titulado *El desden*, por la semejanza del estilo, y asimismo el de *Elicio* y el de *Galatea*, que á esta circunstancia añaden la analogía del asunto con el de la primera composicion que conocemos del autor. Dejamos á nuestros lectores el cuidado de resolver esta duda literaria.

En tu amor pensé anegarme,
Pensé abrasarme en tu fuego;
Mas ya no temo á tus brasas,
Tampoco á tus hielos temo.

Tormentas me son bonanzas
Y duros naufragios puertos;
Como simple mariposa
Por lo que me mata muero.
Digiero ya tus desdenes
Como el avestruz el hierro,
Aunque en los mios no se halla
Causa por do los merezco.

Pero basta ser tu gusto
Para que confiese habellos,
Que aunque con obras me ofendes,
No en pensamiento te ofendo.
Pasados son dos veranos
(Para mí siempre es invierno):
Los árboles reverdecen,
Y yo siempre mustio y seco.
Revistense de esperanza,
Yo de esperar desespero;
Llevan dulcísimos frutos,
Yo amargos suspiros llevo.

Al fin es mi voluntad
Veleta para tus vientos:
Hiele, ventisque y granice,
Que yo no quiero otro tiempo;
Porque para resistirle
Muy buen pellico me tengo
Guarnecido de paciencia,
Y aforrado en sufrimiento.
Pasadas son treinta lunas,
Y no hay mudanza en los tiempos,
Siempre yo las veo menguantes
Y crecer mis ansias veo.

Todas las cosas se mudan,
Y tú no mudas de intento,
Siempre muda á mis razones,
Y siempre sorda á mis ruegos.
Aunque no quiero mudanzas,
Que de tu condicion creo
Que cuando acaso te mudes
Será de desden á celos:

Y habiendo de ser así,
De tal mudanza reniego,
Que es mejor andar con quejas
Que padecer mal de perros.
Tampoco favores tuyos
Los quiero ni los pretendo,
Que se ha ya estragado el gusto,
Y ningún gusto pretendo.

Si acaso sueño algun bien,
Como es ordinario en sueños,
Con el temor de enojarte
Sobresaltado despierto.
Mira, crüel, qué me debes;
Pues no sufro cuando duermo
A tu disgusto mis gustos,
Y en los tuyos me desvelo.

Al fin mis deseos vistos,
Es ver lo que tus deseos:
Y quiero lo que tú quieres,
Pues no quieres lo que quiero.

ELICIO.

ROMANCE.

(El mismo Romancero.)

Elicio, un pobre pastor,
Ausente de Galatea,
Dulce prenda de su alma,
A quien deja el alma en prendas;
Cuya perfeccion adora,
Cuyo nombre reverencia,
Por quien vive, y por quien muere,
De cuyo esclavo se precia;
Sobre un cayado de pechos,
Cortado de su paciencia,
Para golpes de fortuna,
Y para servir de prueba,

Al hombre un zurrón colgado
De temores y sospechas,
Que en destierro semejante
Es la carga que más pesa;
Una honda con que arroja
Del hondo pecho las quejas,
Que sin piedad descomponen
Los corazones de piedra;
A sombra de su cayado,
Si dan sombra las tinieblas
En que pone á una alma triste
La oscura noche de ausencia;

Orilla del mar profundo
De sus congojas inmensas,
Que le alborotan suspiros,
Y lágrimas le acrecientan;
Guardando mal de su grado
Un gran rebaño de penas,
Hecha la imaginación,
Para que todo le ofenda,
Un caos de memorias tristes,
Una confusión inmensa;

Vueltos los ausentes ojos
A la venturosa tierra
Adonde tiene su dama
Y sus pensamientos deja;
Al despacible son
De las ardientes centellas
Que por los aires se esparcen,
Esta suerte se lamenta:

Fortuna, no desesperes,
Que si en mi muerte te vengas,
Morirá por fuerza presto
Quien vive ausente por fuerza;

Pues no merece sepulcro
Quien muriendo desespera,
Amigos que le acompañen,
Antorchas, luto ni exequias.
Basta por lumbre mi fuego
Y por bronce mi firmeza,
Mis tristes ansias por luto,
Por funeral mis endechas.

Solo pido que en memoria
De mi rabiosa dolencia,
Y destas lágrimas tristes
Que del placer desesperan,
Quede aquí por simulacro
Una fuente della hecha,
Una fuente de alabastro
Que de continuo las vierta:
Y podrá bien empinarse
A las encumbradas sierras
Por el peso de la altura
Que alcanza el origen della.

Sirva el agua de remedio
Para deshelar tibiezas,
Y curar ingratitudes,
Donde quiera que las vea:
Y en la virtud milagrosa
De sus efectos se vea
La fe con que murió Elicio
Ausente de Galatea.

GALATEA.

ROMANCE.

(El mismo Romancero.)

Galatea, gloria y honra
Del Tajo y de nuestro siglo,
Atormentada y celosa
Con penas y sin Elicio;
De mal de ausencia á la muerte,
Con calentura y sin frío,
Ronco y levantado el pecho
De quejas y de suspiros;
Vueltos los hermosos ojos
En dos caudalosos ríos;
El color de su ventura
Mas que la cera amarillo;
Con crecimiento de fe
Y fe de su bien perdido;

Sin pulso las esperanzas,
El sufrimiento en un hilo;
Para manjares del alma
Estragado el apetito,
Que sin la salsa que falta
Todos le causan hastío,
Está vivo por milagro,
Pero muerto más que vivo,
Que su mal el primer día
Es tan mortal como el quinto,
Tiene fe, le dará vida

Un trago solo de vino,
Pues solo el trago de *fuése*
La tiene en tanto peligro:
Y con ser médico el tiempo
De dolores peregrinos,
No le permite y alarga
La cura como enemigo:

Que él no receta jamás
Sino infusiones de olvido,
Que en poco nobles sujetos
Obran presto y dan olvido:
Mas en pechos delicados,
Tiernos de amor y rendidos,
Ni por la vida no sufren
Tan groseros bebedizos,
Y quiere más Galatea
Dar la suya en sacrificio,
Que ver por tan mal remedio
De su salud el principio.

Desecha entretenimientos
De contento y regocijo,
Solo el eco busca y llama
Porque dobla sus gemidos.

Oye mis querellas, dice,
¿Dónde estás, Elicio mío?
¿Cómo, cruel, no respondes
Cuando tu nombre repito?

Si es que el viento no lleva
Mis voces á tus oídos,
No lleve mi fe jurada
Ni mi esperanza conmigo:
Por copia vaya mi alma,
Y no de balde la envío,
Pues me deja en este Fresno
Por juzgar su paraíso.

No trates pues de ofenderme,
Siquiera por el testigo,
Que le creerán fácilmente
En mi desdicha su dicho.
Esto te suplico solo;
Mira si al amor me humillo,
Que con ser tiempo de mandas,
No mando, sino suplico.

AL CONDE DE SALDAÑA (*).

(Manuscrito autógrafa en poder de D. Juan Cortada.)

ODA.

Florida y tierna rama
Del más antiguo y generoso tronco
Que celebró la fama
Con acento sutil en metal ronco,
Pues yo á tu sombra vivo
Laurel serás de lo que en ella escribo.
O genio de Saldaña,
Honra y amparo dulce de mi pluma,

(*) Personas las más versadas en el conocimiento de los escritos de nuestro autor, al llegar á ciertos pasajes de esta composición, han exclamado: *No es necesario ver el manuscrito: esto es de Cervantes.* Sin embargo, tan preciosa joya existe en poder de nuestro distinguido amigo D. Juan de Cortada, residente en Barcelona, quien ha tenido la bondad de franquearnos una copia, y ofrecernos un *fac-simile*, que hemos admitido para reproducirlo por medio de la litografía, y repartirlo á su tiempo á los suscritores constantes de nuestra Biblioteca. Allí se verá la singular ortografía usada en aquellos tiempos, y se notarán las palabras *escucha* y *lucha* escritas *luxa* y *escuxa*, con otras circunstancias que, unidas á las laticiosas observaciones y mas numerosos ejemplos, nos darán materia en su lugar oportuno á discutir sobre curiosas vicisitudes de la pronunciación y escritura de nuestros antiguos.

Digno de cetro y vendas imperiales,
Que el amor y el respeto
Obliga á ser en tu obediencia iguales,
La gracia de la gente
Mucha colgada al ceño de tu frente;
Ese divino ingenio,
Y lo que es más, en años tiernos grave,
Ese superior genio,
Espíritu gentil, decir suave,
Y unas secretas señas
Con que tu vida á un gran suceso empeñas.

Tal vez hirió en mis ojos
La lumbre de tu rostro, afectos tiernos
Te rendí por despojos:
Ojalá pueda en mármoles eternos
Tallar nuestros trasuntos;
Vivirán Curcio y su Alejandro juntos.
Tal fué la fuerza presta
Que de Israel al príncipe heredero,
Y al que rindió en apuesta
Con el villano arnés al jayán fiero
Juntó vistas y palmas,
Prendas, vestido, inclinaciones y almas.

Ni juzgues á locura
La confianza hidalga deste trueco;
La voz de un ángel pura
Entre guijarros toscos halla el eco,
Y los dos que se amaban
Ya del cayado y ya del cetro usaban.
Sombra y amor me ofreces,
Y aunque en fe dello aquesta humilde yedra
Al paso que tú creces
En esperanzas y verdoros medra,
Antes que rama abraza
El pié besa del tronco donde nace.

Tutelar dulce mío,
A quien no sé qué fuerza me destina
Como á la mar el río;
Si aquella es fuerza que á mi bien me inclina,
Estos versos escucha,
Donde el amor con el ingenio lucha.

Un natural forzado
Del son lírico ajeno, mal podía,
Aunque de amor guiado,
Acertarte á servir: verná algun día,
Que á tí mis pensamientos
Consagren inmortales monumentos.